

**Raquel Macciuci (ed.), Evelyn Hafter y Federico Gerhardt (coords.), *Crítica y literatura hispánicas entre dos siglos. Mestizajes genéricos y diálogos intermediales***

**(Número especial de ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura, CLXXXVI) Madrid, Ediciones Maia, 2010, 446 páginas.**

Entre las numerosas publicaciones de teoría literaria que siguen los pasos de los célebres teóricos del siglo veinte en el veintiuno, el presente volumen destaca por su capacidad de compaginar complejidad teórica y aplicación práctica. Me explico: el éxito que los acercamientos teóricos a la literatura tuvieron en la época de los estructuralistas, junto a las pautas filosóficas marcadas por el marxismo, nos dejaron la herencia de un deseo insaciable de rigor intelectual excluyendo todo comentario de texto que no pudiera justificarse dentro del marco general de una teoría literaria. En cambio, surgió un género de ensayo, de teoría, que muchas veces carece de aplicación práctica, y se debe solamente a la dinámica del género “ensayo”, o al afán de competir con los grandes teóricos, como Roman Jakobson, Julia Kristeva o Juri Lotman. Aquellas teorías llamadas post-estructuralistas resultaron, a veces, tan complejas que sólo un puñado de iniciados en todo el mundo consiguió entenderlas mientras que todos los demás gastaron su energía en el esfuerzo de hablar idiomas que podrían calificarse como “el Lacan”, “el Derrida clásico” o “el Derrida revisado”.

*Crítica y literatura hispánicas entre dos siglos. Mestizajes genéricos y diálogos intermediales* no solamente presenta un ejemplo logrado de herramientas para analizar textos o prácticas culturales, sino que contiene también una reflexión crítica sobre la tradición teórica que acarreamos. Los primeros dos artículos, firmados por Raquel Macciuci y José Luis de Diego, exponen muy claramente las perspectivas de la crítica y los recursos teóricos de los cuales disponemos en realidad. La editora no se limita a resumir el argumento de las contribuciones, sino que también las enmarca en la problemática que se plantea desde el título. El primer objetivo sería, desde el punto de vista de la historia literaria, reconstruir “las transformaciones de la noción de literatura” (p. 8) que empiezan en las vanguardias del novecientos, y siguen, probablemente, hasta hoy en día, como un fenómeno en el cual interfieren definiciones críticas y realizaciones artísticas. Luego, aquellas transformaciones se harán en los sistemas que se suelen llamar “de géneros” desde un punto de vista más clásico, y “de medios de comunicación” desde un punto de vista más moderno. Ambos conceptos conllevan implicaciones puesto que la discusión acerca de la existencia de géneros literarios o artísticos se centra en la dialéctica que opone la individualidad única de la obra a la clase de textos a la que pertenece. Respectivamente, analizar el diálogo intermedial de la literatura con obras hechas en varios otros soportes técnicos o con estos mismos soportes, es cuestionar el privilegio de la escritura como forma cultural. Para resumir, la apertura de la noción de literatura se hace en dos etapas: cuando una primera onda de modernización empieza a sublevarse contra la jerarquía clasicista de los géneros literarios —y, por cierto, esta hibridización genérica empieza ya entre los románticos—, una segunda onda, la de las vanguardias, lleva a cabo la revolución cuando se niega a aceptar los soportes materiales dados por la tradición o las exigencias funcionales de la cultura. Entre el pintor que empieza a pegar fragmentos de periódico en un lienzo, y el escritor que prefiere publicar sus obras, breves, en las páginas de los periódicos, en vez de producir libros “de espalda adornada con doraduras”, se halla esa simpatía notada por primera vez por Walter Benjamin. Macciuci analiza, pues, “cómo se construye un nuevo saber que al incorporar nociones teóricas recientes inéditas no sólo ilumina los viejos temas desde otra perspectiva y amplía el corpus historiable (e incluso modifica el canon) sino que deja en suspenso los marcos conceptuales tradicionales” (p. 18). Este proyecto destaca por la amplitud de su bibliografía, que —quizás por primera vez— hace dialogar las distintas escuelas de estudios intermediales que existen en los medios académicos de Alemania, España y los Estados Unidos. Esta visión de conjunto permite a la autora pronunciarse de manera objetiva sobre los límites del concepto de intermedialidad, que, por un lado, puede llevar a “un nuevo formalismo estructuralista” (p. 27) centrado en las cualidades inmanentes del objeto de arte, y por otro, arriesga a desdibujar los rasgos específicos de la literatura bajo “las rutinas analíticas propias de la indagación histórica o sociológica” (ibid.).

Las contribuciones del tomo coordinado por el equipo de Macciuci se pueden leer como múltiples respuestas a la pregunta de cómo evitar estos dos escollos. En un nivel teórico, las páginas de José Luis de Diego ponen de relieve la importancia de las dos corrientes estructuralistas y marxistas, llegando a la conclusión de que el llamado “giro cultural” “representa sólo una nueva etapa del itinerario” (p. 62) trazado por la poderosa tradición del pensamiento que se dedica a vincular las obras literarias con

una dialéctica cultural más amplia: mientras que una vertiente de dichos estudios —representada por los trabajos de Martín-Barbero— merece el reproche de reducir los textos a su función de testimonio o manifiesto cultural, otra, se dedica al rescate de zonas de la cultura silenciadas o a la denuncia de nuevas formas de colonialismo sin tratar a la literatura como una expresión necesariamente heterónoma de la cultura. Entre las demás contribuciones del volumen se pueden trazar varios itinerarios por la cultura de los siglos XX y XXI que sirven para corroborar la idea del profesor de Diego: de hecho, la ampliación del objeto de estudio no necesita someter a la literatura a una base material ni tampoco fundirla en un “caldo cultural”. Muy por el contrario, gracias a la mirada intermedial asoman características y dinámicas específicas a textos y géneros que habían sido borradas por una crítica exclusivamente centrada en una cultura letrada y sus derivados (la música culta, el cine de autor, etc.).

Aunque los artículos del volumen no están clasificados en apartados, la introducción que la editora ofrece al lector funciona como un “tablero de dirección” muy claro. De hecho, las ideas de “mestizaje genérico” y de “diálogo intermedial” reciben, como siempre, una variedad de sentidos diferentes. Por lo tanto, el libro reúne algunas contribuciones bastante clásicas de la historia de la literatura, junto a ensayos que proponen un horizonte teórico bastante novedoso. Entre los primeros se encuentra la tentativa de definir un “impresionismo poético” de la vanguardia española, por la cual Arcadio López-Casanova luce todos los logros del estructuralismo, o sea claridad, precisión y la capacidad de trascender el corpus literario mediante una semiótica de los varios sistemas de signos vigentes dentro del campo cultural. Lo mismo vale para el artículo de Miriam Chiani cuyo análisis de la música en la obra de Marcelo Cohen se centra de manera explícita en “los efectos de las transformaciones que las cualidades estructurales de un sistema operan sobre otro, en este caso, las cualidades del arte musical sobre los procedimientos constructivos de las artes verbales” (pp. 106-107). A estos enfoques estructuralistas se oponen algunas aventuras en el terreno de una crítica basada en la antropología cultural: es el caso de Andrés Zamora, que pone en relación la personificación de los muebles en la obra de Juan José Millás con la alienación humana, la cosificación del ser humano por una sociedad postindustrial.

En un artículo que ejemplifica la densidad que pueden tener argumentos literarios, Federico Gerhardt convierte el concepto de la “descripción densa” del antropólogo Clifford Geertz en una “descripción densa”, fórmula moldeada sobre el “método magnetofónico” de escritura —método de condensar grabación en cinta y documentos gráficos— practicado por Max Aub en *La gallina ciega*. También Wolfram Nitsch, que retoma el análisis que Walter Benjamin y Marshall McLuhan hacen de la función cultural y antropológica para su fascinante relectura de *La invención de Morel*, busca un camino para vincular la obra con la realidad de unas prácticas humanas, invención y juego, que se van transformando profundamente en la edad de la reproducción técnica. Entre estas dos corrientes, el estructuralismo y la antropología cultural, se sitúa el artículo que Juana Oleza brinda a la fotografía moderna francesa (1920-1944) y algunas obras de la vanguardia (el *Ulysses* de James Joyce, entre otros): mientras que el habla de “lenguajes artísticos” de acuerdo con Claude Lévi-Strauss evoca la actitud estructuralista, la referencia a unas “formas de mirar” históricas pertenece a las costumbres de la crítica cultural. Se pueden distinguir, además, una tercera y cuarta forma de enfocar al diálogo intermedial, que se corresponden a otras tantas “escuelas” de teoría literaria: a los críticos que se plantean la interacción entre la obra y el lector / espectador, en la tradición de la “estética de la recepción” se oponen los que prefieren un acceso más material, y a veces se reclaman explícitamente del llamado “New Historicism”. Carolina Sancholuz emplea el concepto “modo de ver” según John Berger para captar las miradas de dos escritores contemporáneos sobre la ciudad de Puerto Rico y la construcción intermedial de esta ciudad. Al igual que ella, Marcela Romano centra su análisis de la obra del cantautor Joan Manuel Serrat en “modos de leer” y “modos de escuchar”. La tercera contribución que me parece insistir en el papel del receptor es la realizada por Evelyn Hafter: la autora vuelve sobre la cuestión de la “narrativa cinematográfica” con el enfoque en la presencia del lector / espectador en la obra. Con estas y otras contribuciones a la estética de la recepción contrastan algunos artículos, entre otros el de la propia editora, para los cuales el cruce intermedial se constituye a partir de soportes materiales y su circulación en cierta situación socio-histórica. La literatura en soporte prensa, como la práctica Manuel Vicent, representa un paradigma de una práctica mestiza, que se escapa a todos los cánones y campos literarios tradicionales. El artículo de Raquel Macciuci no solamente esboza una breve historia de esta práctica, sino que también expone las principales propuestas teóricas para acercarse a este fenómeno, a la discreta forma de disputar la autoridad de los libros por medio del papel prensa. Como ella, Juan Ennis profundiza la dimensión teórica de esta entrada al tema, cuando enmarca su interpretación de *Los libros arden mal*, de Manuel Rivas, en los conceptos de Roger Chartier, Eric Hobsbawm y Georges-Didi Huberman. En su novedosa lectura de un corpus de narraciones sobre la Guerra civil, Mariela P. Sánchez insiste sobre el papel que toma la

ficcionalización de la oralidad en la constitución de una función de memoria, de la escritura casi-documental. De esta manera, el volumen abre un abanico de métodos, que llevan de la semiótica estructuralista a una crítica basada en la construcción de la historia y sus soportes. Cada una de las contribuciones no solamente enriquece la investigación sobre la literatura hispánica del siglo pasado y del tiempo presente, sino que ejemplifica también la productividad de una simiente teórica cuando se la vierte en el análisis de textos y otros artefactos.

***Matei Chihai***